

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovido Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Dios los creó hombre y mujer 3

Michel Séguin 5 **Los fundamentos bíblicos del pensamiento de Juan Pablo II sobre la sexualidad humana**

María L. Malbrán de Gowland 29 **Familia y Comunidad**

Lucía Piossek Prebisch 45 **Notas acerca de la mujer y la filosofía**

Carlos Valiente Noailles 53 **Hombre-mujer: roles y símbolos en sociedades tradicionales africanas**

Alberto Espezel 71 **San Ireneo: el nuevo Adán y la nueva Eva**

Alfredo J. Paineira 81 **La homosexualidad, los medios, la información y los valores**

Adolfo Mazzinghi 89 **Palladio**

Familia y Comunidad

En María Modelo y Mediadora

por María Luisa Malbrán de Gowland*

A) Fundamento de la comunidad

Para iluminar nuestra realidad familiar como comunidad, debemos remontarnos en primer lugar al significado del término "Communio" ("koinonia") que significa comunidad, y ello en el sentido concreto y preciso de "estar conjuntamente disponibles" para un trabajo o tarea la cual al mismo tiempo puede ser apoyo mutuo, entrega don mutuo (mun de munus).¹

Esta común-uni6n, esta tarea com6n, no encuentra su fundamento en la mera cercanía f6sica, ni en la procedencia gen6tica de la prole sino en un mismo Esp6ritu. Las primeras comunidades cristianas (Hechos 4,32) viven seg6n este Esp6ritu que se remonta a un Principio antes de toda historia posible (In 1,1-2).

En el principio era una comunidad de Amor, un Dios trinitario, un Dios comunitario, origen y posibilidad de toda comunidad.

Los hombres encuentran la posibilidad de entrar en esa Comunidad porque reciben este poder (Jn. 1, 12) este "don", cuyo alcance sigue siendo inimaginable e incomprensible y por lo tanto s6lo objeto de la fe, 6nico umbral para recibir ese inusitado regalo. Y 6ste se dona a los hombres a trav6s de otro misterio, que signa no s6lo el *origen* sino tambi6n la *tarea* de una comunidad: La Encarnaci6n (Jn. 1,4).

El misterio de la Sant6sima Trinidad y el misterio de la Encarnaci6n son dos acontecimientos que, como fundamentos de la comunidad la sostienen y la refieren, por un lado, a ese *principio* fuera del tiempo y, por otro, a ese *acontecimiento* dentro de la historia.

* Licenciada y profesora de Filosofía.

¹ Hans Urs von Balthasar, "Communio. Un programa", en *Communio* (ed. arg.), (1994), 1, p.9.

Y María se encontraba orando en lo escondido de su estancia, suplicando por la redención del mundo, suplicando por la llegada de la promesa cuando llegó el ángel Gabriel (L. 1,28) y le dijo "Alégrate", el Amor de Dios Padre que se dona permanentemente y en totalidad a Dios Hijo, y el Amor de Dios Hijo que se dona permanentemente y en totalidad a Dios Padre, y el Espíritu Santo que aletea permanentemente y refulge sobre esta mutua donación, formando una *Concreta Comunidad de Amor*, quiere entregarse y regalarse al mundo, al hombre, en la tierra y los labios de María respondieron "Hágase" y transformaron en el "Magnificat" la oración de súplica, la transformaron en oración de gracias por lo regalado, y alabaron sus labios la realidad de la común-uniión entre el cielo y la tierra, entre los hombres, entre los hombres y Dios.

La "communio" proviene del Amor de Dios regalado a los hombres que, permitiendo la reconciliación, les ofrece el trasfondo para las modalidades del amor humano con Dios, entre sí, entre los esposos. Como trasfondo sostiene y como horizonte abierto orienta la tarea de ir verificando ese amor comunitario aquí en la tierra. Esta tensión se pierde en la promesa de su plenitud y sólo es sostenida por la esperanza en cuya fuerza y bajo cuya luz son comprendidos y perdonados los desfallecimientos y las distancias entre lo *verificado* en la realidad y la *perfección* que refulge como origen de nuestra pobre posibilidad y como escatología de nuestras buenas intenciones.

María, qu albergó en su corazón la Voluntad del Padre y en su seno el don divino, cubierta por la sombra del Espíritu, es la única que comprende los alcances de esta "communio" y su "fecundidad" divina no queda reservada para ella y la realidad de la sagrada familia (primera comunidad de amor, primera iglesia doméstica), sino que entrega este "don" a los hombres y al Padre uniéndose así a la entrega de su Hijo Eucarístico.

La eucaristía, "base" o "alimento base" de la "communio" es entrega, solidaridad con "lo último", tal como Cristo lo padece en el descenso a los infiernos, y María se hace "modelo" *creatural* de solidaridad a partir de su compadecer - solidaridad - con "el último", "el crucificado", al cual paradójicamente ofrece para salvación de todos haciéndose así también "*mediadora*".

La "communio" sólo es posible a partir de la solidaridad con lo "postergado", "lo último", "lo miserable" de cada uno revivido y transformado en el amor del que es capaz de llegar hasta esas

instancias del otro, para realizar allí, en ese fuero íntimo y libre, la reconciliación, la común-uniión.

Por otro lado, la comunidad encuentra también su fundamento en la humanidad: si el hombre no hubiese sido creado “a imagen y semejanza de Dios” no se encontraría, dentro de él, el ansia y el impulso hambriento de lanzar la mirada y el deseo hacia un horizonte de comunión más perfecta entre todos los hombres que la que puede pensar como alcanzable dentro de los límites de sus condicionamientos terrenos”².

B) Matrimonio y sacramento

La “imagen y semejanza” con que Dios nos creó se oscureció y nos desfiguramos hasta el punto de no ser reconocidos por El. Con la redención nos da un nuevo rostro —el de hijos de Dios— nos da un corazón de carne y nos quita el corazón de piedra (Ez 36,26).

Hay un punto inviolable, irreductible e intrasgredible en la relación con el otro: su libertad. Si ésta está cerrada a la voluntad de amor del “tú” comienza el sentimiento de soledad, de finitud y, en última instancia, de desesperanza. La cerrazón del “yo” en su propia autonomía implica la no entrada de la luz y por lo tanto la errancia de la libertad.

La Redención de Cristo, que comienza con la Encarnación, se va realizando en el centro más hondo y más ignorado por nosotros, que es el “querer querer” —el “querer tu voluntad y no la mía”— el “querer querer” una voluntad que sólo por fe sé que es una *voluntad de Amor* y por lo tanto de Bondad. La *apertura* del querer en esa dirección hacia “lo diferente” y “desconocido” supone el arriesgarse de la finitud en lo infinito e incondicionado y, por lo tanto, “exigente de incondicionalidad”. Este riesgo supone un corazón puro que, como el corazón del niño, viva en la confianza.

Estas actitudes de *amor, apertura, riesgo y confianza* son respuestas a algo previo que es el “Acto de Amor” que llama y crea en nosotros el centro sensible y cordial de su perceptibilidad. El Acto de Amor sólo depende de nosotros en la medida en que quiere ser recibido, acogido, para revestir nuestro corazón con nuevos sentidos —con aquel tacto del alma— con los que comienza a vibrar en la participación de una nueva vida.

² Hans Urs von Balthasar, *Communio* (ed. arg.), (1994), 1, p.12.

La comunicación del “acto de dar” por parte del Padre y del “acto de ofrecerse” por parte del Hijo es el canal de comunicación más hondo de vida abierto en nosotros a través del bautismo. En el sacramento del matrimonio, aquellos gérmenes de fe, esperanza y caridad encuentran un espacio de nuevas realizaciones en gestos, palabras, solidaridades silenciosas y reconciliaciones con que los esposos recrean y manifiestan el misterioso origen de su redención.

La fe enamorada y orante no deja caer en el olvido aquel inicio de este amor matrimonial que, como un manantial, sigue alimentando su increíble historia finita pincelada de infinitud.

La prole, con su realidad presente y su fuerza de futuro, reclama una esperanza cargada de paciencia. Ese amor desgranado en el tiempo.

Y la caridad, frente a la desnudez del otro, se hace “misericordia”, ese especial amor infinito volcado hacia lo finito del cual somos partícipes gracias a los sacramentos.

Dentro de esta iniciativa del “Amor como Acto”, el matrimonio es un especial centro de luz, que hace visible aquel amor invisible. Los esposos por la fe enamorada se reconocen centros de respuesta de ese amor que los abrió y los liberó de la inmanencia del limitado “yo” hacia la trascendencia de una dinámica infinita y plena del “dar” y del “ofrecerse”.

Esta “apertura” a lo trascendente, y sólo a través de la fe, hace que el amor humano de los esposos no sea sólo humano (el “eros” que tiende al otro por la carencia intrínseca al deseo y cuya finalidad o sentido es la posesión), sino el lugar donde se hace perceptible el “ágape” en su misteriosa esencia trinitaria y en su misterioso habitar entre nosotros.

Pero el amor de Dios es trinitario y como tal rompe la polaridad esposo-esposa con el germen de un amor comunitario que, en el matrimonio, se hará posible por “la fecundidad” nacida del “seréis una sola carne”. Así se cumple aquí, de manera especial, aquel deseo de Jesús: “que sean uno Padre como Tú y Yo...” (Jn 17,11).

La comunicación del Amor del Padre y del Hijo a través de Espíritu Santo va exigiendo un correr los límites con que los esposos se aman: va exigiendo una ampliación del corazón que haga posible la respuesta a ese amor primero que fecunda el amor matrimonial, dándole así una dirección de universalidad, de

catolicidad y, por lo tanto, un lugar y una misión dentro de la Iglesia.

La verdadera “fecundidad”, como en María, comienza en un estar grávido del “otro” en una unión hecha posible por ese “Otro”, que habitando en nosotros permite esta “apertura” del corazón.

Por el sacramento del matrimonio los esposos participan especialmente de la fuerza creadora de Dios, no solamente en la procreación, sino en la innovación que el educar en el amor exige. Nuevamente aquí lo que es “apertura”, “riesgo” y “confianza” se ponen de manifiesto para poder oír aquella brisa del “Espíritu”, que contradice muchas veces la voluntad de los esposos por la “incondicionalidad” que le es propia. En la confianza del corazón, los esposos pueden terminar de aprender que ese Amor es, en cambio, incondicional con el hombre, pues no deja de ajustarse a lo humano y de tomar sobre Su corazón su miseria. En esto nos enseña cómo cargar nuestro corazón, no con exigencias judiciales, sino con la necesidad del otro, confiando que más allá de nosotros hay Alguien que responde por ellas.

¿Cuántas veces los esposos rompen con sus preocupaciones cotidianas para bajar al valle donde hay alimento, agua y sol y Alguien que los cuida para que el gozo sea pleno en ellos? Es en estos momentos en que se renueva la alianza de los esposos frente al Señor, esa alianza sacramental... el haber entrado peculiarmente en esa historia de Amor para así volver a creer que éste es posible y que de él nuevos acontecimientos se pueden esperar que, rompiendo la rutina, nos vuelvan a poner en el centro creador propio del amor.

C) ¿Cómo puede encarnarse esta realidad trinitaria y sacramental en la familia haciendo de ella una comunidad?

En mi caso personal, es a través del rezo del Santo Rosario que he ido experimentando una fuerte *presencia* de María. Si bien el centro de oración de cada denario es el misterio que se desgrana, es con cada ave María, es decir, de la mano de María, que nos introducimos en los 15 misterios como –en el decir de Guardini– en diferentes “casas”. Esta imagen resulta muy elocuente, pues en cada “casa” reina una atmósfera creada por María. Ella nos recrea el corazón con sus sentimientos de gozo, de

dolor, de gloria esperanzada. Ella nos profundiza y sensibiliza cordialmente para que la interiorización del misterio se produzca, para que el acontecimiento de la Encarnación, Redención y Resurrección se operen en el centro y en lo hondo de nuestra realidad.

María, a lo largo de esta especialísima oración, nos va presentando sus ojos, sus oídos, su corazón hondo y sencillo con el que *amó* más que nadie a su Hijo, con el que *obedeció* humildemente y siempre la Voluntad del Padre, con el que pudo, por su *abandono*, vivir en la presencia del Espíritu Santo.

María nos participa de su vida más allá de la palabras; es como el seno al que nos atrae y en el que va a germinar la Palabra.

María "intermediaria" y "modelo" nos va comunicando esos *sentimientos* o esos *misterios sentidos* por Ella; aquellos que guardaba en su corazón y con los que iba *simbolizando* su vida. Nuestros días se van tiñendo así de una dimensión litúrgica, que hace de lo meramente cotidiano un presente cargado de eternidad.

1) *Dulzura y confianza*

La dulzura es la actitud de un alma "*disponible*" a que el otro entre y coma de nosotros y con nosotros, es la actitud del alma propia de la madre "*abierta*" en su comprensión que acoge con los ojos del amor y que suspende el juicio rígido de la razón, de la objetividad. La dulzura es "la apertura" propia de la tierra nutricia del alma maternal que acoge al otro para restaurarlo, darle nueva vida en "la confianza" que se le deposita; es el lugar donde reencontramos nuestro ser, nuestro "si mismo". La dulzura está hecha de la comprensión del otro en su realidad *diferente* de la mía.

Este amor de *aceptación* abre el espacio donde el otro puede encontrar la libertad de ser quien es; de *exponerse* en su debilidad y arriesgarse en sus pensamientos y gestos, en la *confianza* de ser recibido por el corazón *abierto* del otro. "Apertura", "riesgo" y confianza" son actitudes que corresponden a esa "apertura" del cielo a la tierra, a ese "riesgo" de la Palabra que se "expuso" hasta la muerte y a esa especial "confianza" del Padre en el Hijo y en todo aquél que cree en El.

Me imagino la mirada de María... es que la dulzura es una actitud del alma pero manifiesta en el cuerpo. Es esa "apertura"

hacia el otro pero encarnada en un gesto, en una mirada, es nuestro cuerpo hecho gesto del espíritu. La mirada de dulzura de María, invita a ser recorrida hasta la profundidad de Amor de la que está hecha, profundidad que, como lo sin fondo, es abismo de "confianza" en su Hijo, al cual ella siempre y fielmente remite.

El amor de aceptación de María nos lleva a aceptarnos a nosotros mismos en nuestras debilidades y en nuestros talentos. Esta reconciliación con nuestro ser a su vez nos hace capaces de amar a los demás en su "diferencia".

La importancia de este "amor de aceptación" del otro en su derecho de ser un "sí mismo" se pone de manifiesto cuando en una familia, por razones genéticas, o por accidente, o por enfermedad, la "diferencia" aparece bajo el modo de la "discapacidad". En estos casos se pone en relevancia "la fuerza de ser" que conlleva este amor. En estas circunstancias el dolor rompe con la proyección narcisista de nuestro desamor para reemplazarlo por aquella fuerza amorosa que, pese a las limitaciones flagrantes del otro, es capaz de levantarlo a su dignidad y a su misión irremplazable. De aquí surge la reflexión de esa misión redentora del pobre, del necesitado, que ayuda a evangelizar nuestras vidas al reclamar ese "corazón de carne" capaz de solidarizarse y arriesgarse en "lo diferente" que contradice la idea de perfección, éxito, o eficiencia que orienta nuestra existencia en este mundo. El pobre nos ayuda a estar en el mundo "sin ser de este mundo".

Este "amor de aceptación" es más fácil, en cambio, encubrirlo cada vez que proyectamos planes, ideales o expectativas sobre nuestros hijos que, aun creyendo que es el mejor bien para ellos, no dejan muchas veces de ser imposiciones nuestras ajenas a ellos y que terminan por obstaculizar su crecimiento y muchas veces la fecundidad de sus vidas.

La ausencia de este amor da cabida a la frustración, al desencanto y por lo tanto al reproche que produce en el otro el desvío de su libertad hacia "lo que se le exige" para ser digno de ese amor.

El crecimiento en el amor es muy largo y penoso, siempre aparecerán las rivalidades, los celos, las envidias, las pasiones, que ensombrecen la promesa de una concreta vida de amor. Pero si esta mirada comprensiva del otro se da, si esta "confianza de base" se retoma, se vuelve a *abrir* aquel espacio donde es po-

sible el perdón, donde es posible la libertad de *exponerse* tal como uno es, donde es posible *arriesgarse* en aquello más íntimo y recóndito cuando, rezando juntos, dejamos hablar a nuestro corazón. Así en este contexto de siempre retornar a amar por el perdón siempre donado, siempre pedido hasta 70 veces 7, es posible la celebración, la fiesta en la que resuenan algunas notas del Magnificat.

2) *La fidelidad de María*

La dulzura de María no significa indecisión, sino que está llena de firmeza, firmeza enraizada en la confianza a su Hijo a la cual remite, de la cual se alimenta. Esta firmeza se manifiesta siempre y desde la anunciación como fidelidad a su vocación:

“Como podrá ser ésto si no conozco varón? (Lc. 1, 34)

Firmeza en su solicitud por el hermano: “De prisa se pone en camino”, en la Visitación (Lc. 1,39).

Firmeza frente a las necesidades del prójimo en las bodas de Caná. Llama la atención cómo María no se amedrenta, o no duda frente a la respuesta de Jesús sino que, con la firmeza del amor por sus hermanos y con la confianza en su Hijo, les responde “Haced lo que El os diga”.

El “sí” de María es renovado y acrecentado. Y así la “confianza” hecha dulzura se manifiesta como “fidelidad” en el tiempo donde se hace “paciencia”, y ya al final se hace “fortaleza”, allí, al pie de la cruz, donde ella nuevamente dice “sí” a la Voluntad del Padre, que es a la vez la de su Hijo, y renueva así aquel “fiat” abierto y disponible, primer cáliz para que el Padre lo llene según su desmesurado Amor a los hombres.

La permanencia de la comunidad familiar en el tiempo depende también de la claridad acerca de la vocación que significa fundar una familia, y de la fidelidad que implica este compromiso que muchas veces será templado por las pruebas y que, como en María, ese “Sí” fundacional se hará también *dulzura, fidelidad, fortaleza, cáliz*.

3) *La sencillez de María*

Uno de los objetivos más serios en una familia es seguir fiel al acto de procreación por el cual se da el ser a una persona. La educación, la vida familiar tendría que contemplar la manera de

seguir dando vida, haciendo posible la fecundidad de esa vida, la promoción de esa persona. La fidelidad a la vocación de padres y a la vocación familiar, que tiene por fin hacer de ésta una verdadera comunidad, debería contemplar en primer lugar los criterios de educación, de corrección fraterna, que posibiliten un crecimiento personal y una acción fecunda para la comunidad a la cual nuestros hijos y nosotros mismos pertenecemos.

¿Cómo es posible traducir en nuestra acción esta resonancia de amor?

¿Cómo conciliar la educación que mira la realización personal, la acción que se refiere a la construcción del mundo, con aquélla que brota de la fecundidad del corazón y se pone al servicio de la necesidad del prójimo?

En efecto, hay dos modalidades de ser o dos caminos para ser: uno que buscaría la "autorealización", el otro "la fecundidad".

En el primero se encuentran legítimamente desplegados nuestros deseos de ser y de ser lo mejor. Estas motivaciones interiores inspiran a la inteligencia, que presenta aquellos bienes capaces de llenar (implere) nuestros deseos y movilizan a la voluntad en uno y mil proyectos para ir en busca de lo que se intuye como capaz de plenificar aquello que siento como un hueco en mi propio ser. Lo que se va alcanzando arropa y colorea al "yo" frente a los otros, y sus miradas ratifican o no el camino de la identidad buscada, lanzada, arriesgada, con la seguridad de que será conquista al fin de esta aventura.

El peligro para la libertad que encierra esta dirección de la acción es que, por carencias afectivas, por la ausencia de esa "aceptación" de la que hablábamos y que desde el vamos me ratifica en mi ser, busque en las miradas de los demás esta aprobación. Así el cuerpo se vuelve "pantalla" donde se reflejan las miradas de los demás que, como exigencias ajenas a la persona, distienden el alma hacia aquello que de alguna manera está fuera de ella, el alma se distiende buscándose a "sí misma" fuera de sí misma. Es así que la libertad se sujeta a aquello que debe ser hecho y tenido en cuenta, quizás, para no ver reflejado el rostro en el espejo roto de la "no correspondencia", emigrando hacia una exterioridad que le ofrece ser amada, ratificada y valorada no por lo que es, sino por lo que hace o por lo que tiene, o por su aporte a una comunidad, a la historia, a los hombres; aporte que

quizás sea fugaz en lo inmediato, perecedero en lo mediato y silenciado para siempre.

Puede ser que en esta dirección de la existencia haya una fe verdadera en algo trascendente que ayude a elevar y a autorealizar el ser personal, pero quizás el suelo de esta acción esté puesto en un "no-amor".

El amor es la interiorización de la Palabra, es la participación en la vida de la Palabra. Cuando el acontecimiento del Amor nos descubre a nosotros mismos, nuestra mirada puede volverse hacia adentro y gozarse en un alma ya no "distendida" sino "visitada" por un "don" que nos abre nuevos ojos, nuevos oídos y deja en su infinitud abierta la pregunta del "por qué" de ese "acontecimiento". El alma puede regocijarse en ese océano de Amor y de misterio y vivir en lo que la sobrepasa, *disponible y abierta* al misterio que la funda.

El alma recogida, replegada, enamorada, vive la Plenitud que la fecunda. Un nuevo ser, un nuevo nivel ontológico alcanza en esta profundidad que, quebrando "el yo de la autorealización" se centra en aquéllo que es "más yo que yo mismo" (San Agustín) y así la fecundidad será la sobreabundancia de un Amor, de una Gracia que actúa prefigurando una respuesta de amor, orientando una nueva dimensión de la libertad. "Sólo porque la palabra es recibida y entendida como amor puede seguir una respuesta de amor"³.

En los momentos de oración se vive esta instancia. El recogimiento implica el repliegue de esa temporalidad que signa nuestro caminar y distiende el alma. El repliegue del tiempo en la eternidad del instante del encuentro amoroso supone el descanso del alma y la unificación de sus potencialidades. El alma, que vive desde este centro vive en el amor... sus acciones no tendrán una finalidad extrínseca, algo a alcanzar, sino que serán la manifestación de la sobreabundancia en que habitan, desde donde se inspiran, y que en su gratuidad y desmesura van "más allá" de la "autorealización" y muchas veces contra ésta.

Desde este centro "el sí-mismo" ya no depende de la mirada de los demás; la identidad no es lo que se "representa" con los distintos ropajes, ni depende de alcanzar aquellos ideales y metas. Todo cae en el peso de su imposición y el alma "puede pegar el viraje de toda necesidad", de lo que aparecía como necesario

³Hans Urs von Balthasar, "Sólo el Amor es digno de fe", ed. Sígueme, Salamanca, 1988.

y valioso y convertirse hacia ese centro desde donde se irradia la única realidad simple y rica del amor.

El poder transparecer esta simplicidad o unicidad (que me unifica) es, para mí, la “sencillez” de María. Ella vive en lo único necesario para lo cual se consagra en lo cual encuentra su ser. El “Magnificat” es esta irradiación hecha alabanza, remitida, no al centro meritorio de María, sino a la grandeza de su Señor.

La “sencillez” de María proviene de la riqueza de su vida contemplativa (Lc. 1,26-38;2 51). Desde esta nueva luz, el valor de la acción no radica en lo que se hace sino en el grado de entrega que posibilita, y en este sentido, la acción más cotidiana y sin brillo a los ojos del mundo puede tener el valor de una ofrenda consagrada, de un sacrificio eucarístico, el poder de una oración que intercede en servicio de redención posibilitada por esa unión de Dios con el hombre en Cristo.

La familia, como Iglesia doméstica, es el lugar donde se puede enseñar y aprender a rezar. Es este un momento privilegiado de vida comunitaria por la unión en la verdad, en la reconciliación, en los propósitos de enmienda, en el crecimiento juntos en el amor que desde aquí se propicia.

Creo que desde este centro se puede ir forjando esa *unificación* de los diferentes niveles de la personalidad y esa unidad de la acción, que volcada hacia fuera, sea irradiación de la riqueza interior y colabore a la edificación en la tierra de un mundo más verdadero.

Creo que ésta es una tarea seria y que hay que tomarla en serio en una familia. Todos los requerimientos, los horarios diferentes, la fatiga del día, conspiran en contra. La televisión, esta niñera electrónica, nos roba muchas veces la posibilidad de introducir a nuestros hijos más pequeños en un sueño lleno de la paz y del amor de Dios, pero estas dificultades se van resolviendo también con la oración personal de los padres, para que esta oración familiar, que es “de su plenitud, gracia sobre gracia”, se pueda dar como un inmerecido “don”.

4) *La solidaridad*

En la “Visitación” María va hacia Isabel y ya lleva en su seno a Jesús. La “prontitud” (Lc 1-39,45) de María nos habla de su obediencia amorosa a las necesidades del prójimo. La “prontitud” y la “obediencia” dicen relación con la acción que brota de una voluntad acompasada y atemperada, en la oración, a la Volun-

tad del Padre (Mt. 7, 21-22): voluntad que es el amor dirigido a los hombres, hecha carne en María, por obra del Espíritu Santo, para su manifestación en Jesús.

María es modelo de este amor fraternal, de ese corazón sensible donde resuena la necesidad de nuestro hermano. El Espíritu en una comunidad se manifiesta como *solidaridad*; es más, sin ésta no hay comunidad.

María va hacia Isabel a asistirle en su maternidad y lo primero que entrega es "la Paz", que más que un saludo era la realidad viviente que llevaba en su seno y que hizo saltar de alegría al niño que su prima iba a dar a luz.

Esa realidad, luego de recibir la Eucaristía, es también una realidad viviente que habita en nuestro corazón y que debería irradiarse creando la atmósfera, el telón de fondo, donde todo otro gesto sea inscripto.

La solidaridad con las necesidades (visitación, bodas de Caná) requiere la humildad, aquella sutileza del alma capaz de ayudar en silencio, sin herir, sin protagonizar, sin esperar agradecimiento.

La solidaridad en el pecado, a los pies de la cruz, permite el pedir perdón, el dar perdón, y si esto no sucediera en forma espontánea, entonces, y en este mismo espíritu, la corrección fraterna.

La solidaridad en los éxitos o realizaciones del otro, que purifica el corazón de toda envidia, codicia o culpa, también enriquece la vida de una comunidad.

Puede ser que la familia crezca en esta solidaridad teniendo a María como *modelo e intercesora* y entonces se sienta capaz de abrir sus puertas a otras familias para solidarizarse con ellas. Cada familia puede comprender muy desde dentro lo que significa la falta de trabajo, la enfermedad, los problemas con los hijos, de éstos con los padres o entre sí.

La educación debería contemplar que los hijos pudieran ayudar a sus iguales, en forma positiva, apaciguando las rebeldías y rupturas. Los padres a su vez, frente a las necesidades laborales o económicas de otras familias, podrían instrumentar sistemas de ayuda junto con otras familias, uniéndose en un espíritu comunitario más amplio que trascienda las propias preocupaciones para hacer lugar a otras necesidades que lo reclaman.

Los consejos y las mediaciones en los problemas matrimoniales pueden ser también un modo de ayuda cuando la crisis y las pruebas afectan los basamentos mismos de esta institución.

El ideal sería que la educación a nuestros hijos estuviera signada por este espíritu de amor solidario desde su nacimiento. Quizás tomemos conciencia de este importante objetivo más tarde, pero siempre se puede empezar, pues para el Reino y para el Espíritu no hay tiempo.

La familia así podrá ser iglesia doméstica, no sólo como escuela de oración sino por los efectos que redundan en la unión como cuerpo místico. Aquí se ensaya y aprende aquella interrelación de los miembros y la igualdad de los mismos en relación al todo. Cada uno aportando su don encuentra su lugar en la comunidad y deviene único y necesario a los demás. Aquí se entiende el lugar del más débil, que a pesar de su falibilidad es necesario. Cristo estará siempre allí, en el más necesitado, que, con su presencia, nos enseña el amor de misericordia, la solidaridad, la paciencia, la humildad (I Cor. 12-22,26-Rom 12, 3-13).

5) *La Fortaleza*

Y María a los pies de la cruz se mantiene en pie, abrazada al madero y pese a una desolación inimaginable. La unión física como madre de Jesús y la unión mística, por el amor único a su Único Hijo, hacen posible recorrer con ella la secuencia de la cruz.

—“Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Jn, 23,34).

Unida al sacerdocio de su Hijo, ella, en medio del dolor es capaz también de unir su voz para implorar perdón al Padre, por toda la humanidad.

El dolor en general tiende a cerrar al alma sobre sí misma y a oscurecerla. Sentimientos de rebelión, de desesperanza, y hasta de ira pueden surgir en el corazón en medio de la prueba. Muchas veces, lejos de querer perdonar, elevamos nuestro dedo acusador al mismo Dios entablado con El un juicio al modo de Job. El porqué del dolor, desvinculado de toda relación con un posible castigo, queda allí sin respuesta, encerrado en su propio absurdo.

Jesús que toma sobre sí las consecuencias del pecado más no el pecado, y María, sin pecado concebida, centran, en esta

dramática de la cruz, el dolor dentro de un contexto más amplio, el del amor de misericordia, es decir de reconciliación. "Perdónalos".

De la cruz surge un rayo de luz que nos ayuda a encontrar un sentido nuevo, un sentido corredentor que se hará fuerza de salvación, no sólo para el que sufre sino para todos aquellos que están sobre su corazón.

Quizás sea ese amor de María por su Hijo, esa compasión, que trasciende su dolor de Madre para derramarse sobre el mundo el que la mantiene en pie, el que es su fortaleza. Ese amor, más grande que el dolor, más fuerte que la muerte, es el verdadero madero donde se sostiene María.

Este sentido es la base de la solidaridad, de la fraternidad (1Jn. 1-7).

El sufrimiento abierto a esa luz surgida de la Cruz, permite la purificación del corazón, derribando las murallas con que se alza como centro para descentrarse dolorosamente en el corazón del mundo: Cristo.

Los esposos a través de las pruebas van creciendo en un amor más sólido, más rico, más a salvo de las evanescencias de lo real y teñido de algo de eternidad. La solidaridad en el dolor entre los esposos, el poder llorar juntos, implica el derrumbe de todo piso y ropaje, la desnudez del alma que deja entrar la luz de otro amor que forjará lazos de reconciliación, filía y ágape, para hacer de ese dolor un signo de la gloria de Dios ("Padre, glorifica tu Nombre", Jn. 12,28).

"Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado" (Mc. 15,34).

María, junto a su Hijo, también siente el abandono, la prueba a su fe, el desafío a aquel "Fiat" inaugural de la nueva alianza, que ahora debía ser sellada.

La fortaleza aquí no se da frente a la adversidad exterior, sino frente a esa desolación interior, en ese creer y esperar contra toda esperanza.

Esta fortaleza tiene su lugar en la soledad, en el abandono que conlleva el dolor.

Muchas veces se hace difícil aceptar ese grado de soledad que nos invita a entrar en su recinto. La tendencia es a salir, a distraerse con algo otro, como un modo de sacar aquella espina que nos reclama. La permanencia, el mantenerse frente a ella

hasta, quizás, llegar a amarla, es lo que temple el alma y la fortalece. La aceptación de esta instancia de nuestro ser nos lleva, por otro lado, a aceptar “la soledad” del esposo, o del hijo que, en su sufrimiento, recubre de silencios y de lejanías su relación con nosotros. Este respeto por el otro es el más delicado, pues se cuida no reclamando y tocando a la puerta, sino dejando frente a ésta, que permanece cerrada, todos los regalos que nuestro corazón quiera hacer, para cuando él, asomándose, encuentre más rápidamente lo que lo puede sanar y consolar.

La “no aceptación” o la falta de respeto a la soledad del otro trae una actitud de exigencia, de reclamo y de reproche por lo que se entiende como una falta de amor o de confianza.

Dar libertad en una familia o en una comunidad es abrir el espacio para que haya un diálogo activo y confiado por el grado de “confidencialidad” del padre, la madre o el hermano; pero también es dar espacio para que aquel que quiera silencio y privacidad lo pueda vivir sin culpas y sin urgencias.

–“Padre en tus manos pongo mi espíritu” (Lc. 23,46).

Es posible imaginar a María acompañando a su Hijo en la fe dentro de esta oscuridad.

¿Quién sostiene a quién? –Quizás Jesús se apoya en el amor de su Madre, único que queda en pie en la noche oscura de su entrega. –Quizás María se fortalece en el amor a su Hijo que la mantiene en pie como para, a su vez, sostenerlo. Pero ambos, como Hijo y Madre, como Esposo y Esposa, como Cristo e Iglesia, entregan su dolor por el mundo al Amor más fuerte del Padre... “Padre, en tus manos pongo mi espíritu”, ... “Padre, en tus manos entrego al Hijo que me diste para la salvación del mundo”.

La puerta que se abre desde el centro del dolor y para la consolación es “la entrega” del mismo, que encuentra su sostén en la fuerza de la esperanza.

Cuando el amor y la fe se quedan frente al vacío y la impotencia, son tomados y referidos nuevamente por la fuerza de la esperanza a aquella presencia oscurecida. Es así que nuestra vida, nuestra acción puede cobrar una dimensión eucarística.

Si bien, como decíamos anteriormente, hay una instancia de soledad a respetar en el otro, hay también un modo de llegar por el *ofrecimiento* de los múltiples sufrimientos que nos depara la vida diaria. Este modo de *intercesión* reúne el amor, la fe y la esperanza más allá del resultado concreto de esta especial oración, el cual puede quedar oculto a los ojos humanos.

La familia, como iglesia doméstica, como comunidad, participa de esta gracia del sacerdocio de Cristo y de María que, posibilitando la *reconciliación*, lleva a todos a la alegría de la fiesta.

—“uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua” (Jn. 19,30,37).

María a los pies de la cruz se convierte en esposa de Cristo y en madre de Juan (Jn 19,26-27) y de todos nosotros. Ella es la esposa, que con su amor sostiene a Jesús en medio del dolor manteniendo el sentido abierto de ese sufrimiento. A los pies de la cruz su “solidaridad” va más allá del dolor físico de su Hijo (que ya está muerto) para sufrir en ella el golpe de la lanza, tal como lo profetizara el anciano Simeón (Lc. 2,35).

Sólo el amor de María es causa de su sufrimiento. Sólo el amor es causa de redención. Aquí María anticipa a la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo que debe sufrir todos aquellos dolores que completan la redención labrada en la cruz. En este momento el sufrimiento se hace corredentor y único argumento que devela las intenciones de muchos corazones. Más allá de los discursos ideológicos, que encubren siempre intereses bajo una aparente verdad, se encuentra el argumento del que da la vida, para que los corazones se conmuevan y purificados puedan ver la verdad.

La familia, como iglesia doméstica, debe tener este horizonte más amplio en el que éste dar la vida en forma *entrañable* pueda encontrar una nueva luz surgida de la cruz de Cristo y transmitida por María a la Iglesia, que como esposa, debe ir labrando ese amor capaz de continuar la obra de redención.

El paso de Cristo se da de este modo en el ámbito familiar. Los misterios de la Encarnación y de la Cruz también aquí, como en su Pascua, culminan en la Resurrección manifestada en la fiesta, que no es otra cosa que el “Magnificat” celebrado *comunitariamente*. En la familia se puede dar este espíritu de celebración, que anticipa de modo especial las bodas celestiales.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernardo Olivera “En María” Catecismo mariano contemplativo 1 - ed. M. Soledad Mariana.
Bernardo Olivera. “Como María” Catecismo mariano contemplativo 2 - ed. M. Soledad Mariana.
J. Vanier. “La Communauté, lieu de Fête et de Pardon”, ed. Fleurus.